

En busca del pueblo perdido:

LA NOSTALGIA EN LA LITERATURA URBANA MODERNA

IN SEARCH OF LOST TOWN:

Or the modern urban literature nostalgia

EM BUSCA DO POVO PERDIDO:

A nostalgia na literatura urbana moderna

Mauricio Muñoz

Arquitecto. M.Sc en Arquitectura. Docente investigador,
 Universidad Antonio Nariño. Colombiano.
 munoz.mauricio@gmail.com

Recibido: 06 de abril de 2012

Aprobado: 23 de abril de 2013

Resumen

El presente artículo propone una reflexión acerca de la nostalgia por la urbe de antaño desde tres perspectivas: la que clama que todo pasado fue mejor, particularmente cuando hemos hecho parte de los procesos que llevaron la ciudad a su auge; la que analiza la velocidad a la que cambian las metrópolis modernas por cuenta de un crecimiento poblacional muy acelerado; y la que confronta a planeadores y literatos como progresistas y escépticos frente a la idea de progreso o frente a la posibilidad de un declive de la humanidad, todas a partir de la lectura de literatos en los que se puede intuir la influencia de la obra de Marcel Proust. El artículo concluye que el escritor, alejado de las particularidades de la planeación de la ciudad y consciente de que se necesita tiempo para que surja lo urbano en los asentamientos humanos, se erige como un intérprete de lo que le ocurre a la gente en la urbe, pero sin posibilidad concreta de afectar el devenir de la ciudad.

Palabras clave: Ciudades y pueblos en la literatura, Literatura moderna —Historia y crítica, Teoría arquitectónica —siglo XX.

Abstract

The following article proposes a meditation around nostalgia and the city from three different perspectives: the one yearning for the good old days, particularly when we have been part of those facts that made the city great; the one analyzing the rate of change in modern metropolis, given the fast-paced population growth; and the one confronting architects and novelists as rationalists and skeptics towards the idea of progress or towards the evidence of the fall of the humankind, all of them from the point of view of those novelists in which Marcel's Proust work is easily recognizable. The article concludes that the writer, away from the specificities of urban planning, and aware of the time required for urban processes to emerge in human settlements, stands out as an interpreter of what happens to people in urban settings, but without the power to modify the city in any practical sense.

Keywords: Cities and towns in literature, Modern literature —History and criticism, Architectural Theory—20th Century

Resumo

O presente artigo propõe uma reflexão acerca da nostalgia pela urbe de antanho desde três perspectivas: a que clama que todo passado foi melhor, particularmente quando temos feito parte dos processos que levaram a cidade a seu auge; a que analisa a velocidade à que mudam as metrópoles modernas por conta dum crescimento demográfico muito acelerado; e a que confronta a planeadores e literatos como progressistas e céticos frente à ideia de progresso ou frente à possibilidade de um declive da humanidade, todas a partir de a leitura de literatos nos que se pode intuir a influencia da obra de Marcel Proust. O Artigo conclui que o escritor, afastado das particularidades do planejamento da cidade e consciente de que se precisa tempo para que surja o urbano nos assentamentos humanos, erige-se como um interprete do que o ocorre à gente na urbe, mas sem a possibilidade concreta de afetar o devir da cidade.

Palavras-chave: Cidades e povos na literatura, Literatura moderna —Historia e crítica, Teoria Arquitetônica —seculo XX

Introducción

Tal vez el gran ausente en la mayoría de textos que abordan la relación entre ciudad y literatura sea Marcel Proust. No es que no se mencione, claro que no, pero considerándose uno de los novelistas modernos más importantes, sorprende que su obra no sea objeto del mismo riguroso escrutinio como sí lo es la de Dickens, la de Woolf, la de Balzac o la de Kafka, por solo nombrar unos pocos. La razón, sin embargo, no es otra que la más obvia: *En busca del tiempo perdido* no es una novela “urbana” en el sentido estricto de la palabra, pues su acción ocurre primordialmente en Combray y Balbec, con algunos pasajes en Doncières: tres pueblos que hoy, sumados, no llegan a los cuatro mil habitantes (INSEE, 2012).

¿Por qué, entonces, una novela donde la presencia de la ciudad no es particularmente importante ejerce una influencia tan determinante en la literatura “urbana” posterior a ella?

La hipótesis más recurrente es que los temas de Proust –la identidad, la memoria, la brevedad, el tiempo– son la materia prima de infinitas novelas posteriores, y lo más natural es pensar que sea Proust la influencia obligada para entenderlas (Jaye, 1981; Lehan, 1998; Alter, 2005). Entonces, así no leamos a Proust para entender la ciudad de comienzos del siglo XX, como sí ocurre a menudo con Joyce para referirnos a Dublín, con Bely para hablar de San Petersburgo o Döblin para recontar Berlín, damos por sentado que el espíritu de Proust vive en la obra de los sucedáneos que retoman sus temas y los enfilan para acometer la crítica de la ciudad, situándose en una posición de resistencia frente al fenómeno urbano. Pero, ¿qué busca dicha crítica? ¿Evocar la ciudad de la infancia como recipiente de nuestra memoria? ¿Rechazar el incesante cambio de la metrópolis moderna para favorecer el surgimiento de lo urbano? ¿Desvirtuar la noción de progreso inherente a la urbanización en procura de consolidar imágenes trascendentes de ciudad?

Como intentaremos un análisis a partir de la teoría arquitectónica y no de la crítica literaria, contemplaremos las tres preguntas a la luz de algunos fragmentos de escritores de todas las geografías, de todos los estilos y de todas las épocas –“porque anhelamos la ciudad que conocemos a través del relato del otro” (Pérgolis y Moreno, 2013: 24)–, para poner la discusión en términos globales y analizar el problema como una condición urbana que se repite, se lee, en todos lados indistintamente.

La ciudad de ayer... y la de anteayer

Una primera opción, decíamos, es que la patria esté en la infancia, como expresó alguna vez Gabriela Mistral, y por nostalgia de aquellos años mágicos en que fuimos niños deseamos que la ciudad que albergó dichas memorias se mantenga incólume.

Mauricio Muñoz

Autor de varios artículos de teoría y crítica arquitectónica publicados en distintas revistas científicas, así como de algunas obras de ficción reconocidas en concursos nacionales que aún permanecen inéditas. El presente artículo hace parte del proyecto de investigación “Urbanismo y novela en la construcción de la imagen de la ciudad moderna” adelantado por el grupo Ciudad, Medio Ambiente y Hábitat Popular, del cual se editará próximamente el libro Lugares comunes.

Puede ser.

Una de las cosas que más vivamente me impresionaron fue el notable cambio verificado durante mi ausencia de Sevilla. Edificios, manzanas de casas y barrios enteros habían surgido al contacto mágico de la industria y el capital [...] pero, por desgracia, muchas venerables antiguallas habían desaparecido [...] extrañé en el curso de mis paseos muchas cosas nuevas que se han levantado no sé cómo; eché de menos muchas cosas viejas que han desaparecido no sé por qué, y por último me dirigí a la orilla del río (Bécquer, s.f.: 156).

¡Qué fresquecito que era mi Medellín en mi infancia! ¡Nunca más! Mi barrio se murió, los carboneros los tumbaron, las sombras se esfumaron, la brisa se cansó de soplar, la rapsodia se acabó y esta ciudad se fue al carajo calentando, calentando, calentando por lo uno, por lo otro, por lo otro: por tanta calle, tanto carro, tanta gente, tanta rabia (Vallejo, 2001: 106).

Los edificios de cinco pisos parecían amazacotados y hundidos, porque pertenecían a otra época arquitectónica [...] pasó frente a negocios abandonados, esquivó montones de residuos y vidrios rotos, lepra humana que había afeado gran parte del Bronx y había acabado por invadir su antiguo barrio [...] Se sentó en la escalinata de su niñez. Le asombró lo pequeño que parecía todo [...] Enfrente había un patio donde había jugado a baloncesto. Postes y cestas habían desaparecido y ya no había niños (Corman, 1984: 123).

En cada escritor podríamos encontrar una cita anhelando la otrora ciudad. El problema estaría en decidir *cuál* de todas esas ciudades se debería conservar, en escoger *quién* tiene la razón. El asunto se puede ilustrar claramente con un pasaje de Philip Roth, otro escritor que dedica gran parte de sus páginas a recrear la ciudad que lo vio nacer:

Hace años, en el tiempo de la gran inmigración, era el barrio judío y se veían las pequeñas ventas de pescado, los delicatessen kosher y los baños turcos donde mis abuelos se bañaban y salían de compras a comienzos del siglo. Hasta los olores se han consumado: corégono, cecina, tomates agrios — pero ahora, encima de estos, se puede percibir más fuertemente el olor grasiento de los desguzaderos de carros, el hedor rancio de una cervecera, el olor humeante de una fábrica de cueros; y en las calles, en lugar de Yiddish, uno oía los gritos de los niños negros jugando en Willie Mays con la agarradera de una escoba y media pelota de caucho. El barrio había cambiado: los viejos judíos como mis abuelos habían luchado y habían muerto; y su descendencia había luchado y prosperado, y se habían mudado cada vez más hacia el occidente, hacia el borde de Newark, y luego fuera de éste, subiendo la pendiente de las Orange Mountains, hasta que llegaron a la cima y bajaron por el otro lado, volcándose sobre territorio pagano del mismo modo que los Escoceses e Irlandeses lo hicieron a través del Cumberland Gap. Ahora, de hecho, los negros estaban migrando del mismo modo, siguiéndoles los pasos a los judíos, y los que permanecieron en el Third Ward vivían la más escuálida de las vidas y soñaban en sus fétidos colchones con el olor a pino de las noches de Georgia [...] ¿Quién ven-

drá después de los negros? ¿Quién quedaba? Nadie, pensé, y algún día estas calles, donde mi madre tomó té caliente en un viejo vaso *jahrzeit*, estarán vacías y todos nos habremos mudado a la cima de las Orange Mountains (Roth, 1993: 90-91).

El barrio al que hace mención el escritor es Weequahic, en el distrito central, donde están la mayoría de edificios fundacionales de la ciudad. Pero lo que no nos dice el autor es que los primeros habitantes fueron los nativos americanos, que *después* fueron desplazados por los puritanos ingleses, que *después* fueron reemplazados por los alemanes católicos, que *después* fueron desplazados por los judíos, y *después*, en efecto, para cuando se escribió la novela en cuestión (1959), el barrio estaba poblado por “los negros”. Hoy por hoy, sin embargo, las calles no están vacías como vaticinó el novelista ni toda la población se ha “mudado a la cima de las Orange Mountains”. Por el contrario, la presencia de varias universidades ha producido un proceso de aburguesamiento que ha desplazado progresivamente la población negra y ha convertido el sector en la casa de estudiantes de todos los rincones del planeta. ¿Cómo saber entonces realmente cuál es el mejor tiempo de una ciudad?

En una película reciente de Woody Allen ambientada en París¹, un hombre que vive en el presente, Gil, se transporta todas las noches a las doce en punto a los años veinte del siglo pasado, cuando Gertrude Stein, F. Scott Fitzgerald y Ernest Hemingway vivían en la capital francesa: la mejor era de la ciudad, según él. Luego, estando en los años veinte, Gil es invitado con Adriana para ser transportados a las doce en punto a los años de la Belle Époque, cuando Henri de Toulouse-Lautrec, Paul Gauguin y Edgar Degas vivían en la capital francesa: la mejor era de la ciudad, según ella. Finalmente, estando en la Belle Époque y para zanjar la diferencia, Gil y Adriana le preguntan a sus nuevos conocidos cuál es la mejor era de la ciudad y ellos responden que el Renacimiento: cuando La Pléyade, François Rabelais y Michel de Montaigne vivían en la capital francesa.

Lo más seguro, entonces, es que la mejor época del barrio que cita Philip Roth haya sido cuando *cada* grupo poblacional vivió en dicho sector, respectivamente, y no solo los años idílicos del auge judío: para los nativos, antes de 1666, que fue cuando llegaron los colonos; para los puritanos ingleses, los siglos XVII y XVIII, cuando se apropiaron de esos territorios; para los alemanes católicos, los años del crecimiento industrial y poblacional del siglo XIX; para los judíos, la primera mitad del siglo XX, cuando se mantuvieron alejados de la masacre de las dos guerras mundiales; para los afroamericanos, la segunda mitad del mismo siglo, cuando la Gran Migración desde el sur y el Movimiento por los Derechos Civiles les dieron un estatus digno dentro de la sociedad estadounidense; y así también para la diversa población que actualmente reside en dicha área (Schwartz, 2005: 1).

La mejor época de una ciudad, el tiempo que debería volver es, pues, el de cada uno.

¹ *Midnight in Paris* [Motion picture] (2011). Director: Woody Allen. Productores: Letty Aronson, Stephen Tenenbaum y Jaume Roures. Estados Unidos: Sony Pictures Classics.

La fugacidad del espacio urbano

La otra posibilidad es que la nostalgia del literato sea por una simbiosis entre el edificio y el ser humano donde, como anota Francisco de Gracia (1992: 23), los elementos del espacio arquitectónico, aunque inaprensibles, sean realidades objetuales como los propios sólidos que los acogen... Puede ser, también. No obstante, para que dicha "simbiosis" se dé satisfactoriamente, debe proveerse un tiempo prudencial para que el usuario de la arquitectura o el habitante de la ciudad alcancen a apropiarse del espacio, y el problema es que los cambios se están dando a velocidades vertiginosas que no alcanzamos a registrar.

En Bombay:

Bajando en autobús por Bellasis Road, hacia la glorieta de Tardeo, pasamos por delante de parsis de ojos hundidos, por delante de talleres de reparación de bicicletas y cafés iraníes [...] pero los nombres habían cambiado ¿dónde estaba el Paraíso del Lector con sus montones de historietas de Superman? ¿Dónde la lavandería de Band Box y Bombelli's con su Una Yarda de Bombones? Y, Dios santo, mirad, en lo alto de altozano de dos pisos donde en otro tiempo se alzaban los palacios de William Methworld, adornados de buganvillas y mirando orgullosamente el mar... miradlo, un gran monstruo rosado de edificio, el obelisco rascacielos rosáceo de las mujeres de Narlikar, colocado encima, borrándola, de la glorieta de mi infancia... sí, era mi Bombay, pero también no-el-mío, porque llegamos a Kemp's Corner y vimos que las carteleras del pequeño ráj de la Air-India y del Chico de Kolynos habían desaparecido, habían desaparecido para siempre, y que hasta la propia Thomas Kemp and Co. se había desvanecido en el aire... pasos elevados se entrecruzaban donde, hace mucho tiempo, se recetaban medicinas y un duendecillo de gorro clorofílico sonreía radiante al tráfico [...] Y ¿dónde estaba el letrero de neón de Jeep...? –Vamos, Retratosji –le dije al fin, abrazando a Aadam contra mi pecho–. Vamos a donde vamos y terminemos de una vez; a esta ciudad me la han cambiado (Rushdie, 1997: 768-769).

En Portland:

Antes era fácil cuando mi familia o mis amigos venían de visita [...] Primero, los llevaba al Museo Van Calvin de Maniqués [...] Después visitábamos la Iglesia de Elvis [...] Después íbamos a la Sociedad Oriental del Piegrande. Después el Museo de OVNIS. Era posible que fuéramos a ver las bailarinas exóticas al viejo Carriage Room. O llevaba la gente fuera de la ciudad al Club Safari para que pudieran ver docenas de tigres y leones y leopardos raros [...] Después de eso, los llevaba a pasear en el Samtrak: el ferrocarril más pequeño del mundo, y al final de eso el fin de semana ya estaba prácticamente acabado [...] Ahora Portland es el "Campo de Asesinatos de América," porque la gente es muy amigable y confiable, la naturaleza salvaje está siempre cerca, llueve, y las cosas se pudren fácil (Palahniuk, 2003: 16-17).

En Cartagena:

Las cafeterías de pueblo de aquella plaza [San Diego] le habían dado paso a restaurantes modernos de nombres rimbombantes. El edificio imponente que alguna vez fue convento y más tarde hospital se había convertido en un hotel elegante [...] Sólo había sobrevivido la tienda vieja de la esquina, decorada con los arrumes de cajas de gaseosa, los anaqueles atiborrados de botellas de ron y uno que otro calendario con mujeres en traje de baño que promovían la venta de cerveza (Quiroz, 2008: 95).

En Ciudad del Cabo:

Ha estado fuera menos de tres meses y, sin embargo, los asentamientos de chabolas han cruzado la autopista y se han diseminado hacia el este del aeropuerto. El flujo de carros tiene que disminuir la velocidad en espera de un niño que arrea con un palo una vaca que se ha salido de la manada fuera de la vía. Inexorablemente, piensa, el campo está llegando a la ciudad. Pronto habrá reses de nuevo en el Conjunto Rondebosch; pronto la historia habrá completado la vuelta entera (Coetzee, 2000: 175).

El escritor anhela que la ciudad no cambie, que *se quede quieta*, porque necesita aferrarse a algo aparentemente estable. Pero el paisaje urbano se está transformando radicalmente mientras leemos este artículo... Repetir que en 1800 solo el 3% de la población mundial vivía en ciudades, que en 1900 ya éramos el 14%, que en el 2000 nos acercamos al 50% y que en 2050 será el alarmante 70%, es información manida (PRB, 2012). Y hablar de globalización, de desterritorialización, de tierra de nadie, de ciudad genérica, de aldea global, de ciudadanos del mundo, también. La necesidad de más espacio para habitar, para comer, para jugar, para trabajar, para bailar, para comprar –sobre todo para comprar– nunca contempla la quietud. Sobre los asentamientos humanos siempre revolotean incluso las propuestas desmesuradas de los años sesenta, cuando se pensó que el planeta podría cubrirse por una sola gran ciudad, como nos mostró Banham (1978: 197).

Tal vez entonces la novela moderna se lamenta porque, como sugiere Robert Nisbet (1980: IX), la idea de un constante cambio benéfico de la civilización, la indeclinable fe del hombre en la tecnología, la ciencia y la razón durante los últimos 2.500 años de historia, esté atravesando por una crisis y nuestro aparente progreso se está convirtiendo en la causa principal del declive de la humanidad. Lo sugiere W.G. Sebald:

En el ejemplo de esas construcciones fortificadas, siguió más o menos Austerlitz [...] se podía ver cómo nosotros, a diferencia de las aves, que durante siglos construyen el mismo nido, tendíamos a proyectar nuestras empresas muy por delante de cualquier límite razonable. Habría que hacer alguna vez, dijo aún, un catálogo de nuestras construcciones, en el que aparecieran por orden de tamaño, y entonces se comprendería enseguida que las que se situaban *por debajo* del tamaño normal de la arquitectura doméstica –las cabañas de campo, los refugios de ermitaño, la casita de vigilante de esclusas, el pabellón de hermosas pistas, el pabellón de los

niños en el jardín—, eran las que nos ofrecían al menos un vislumbre de paz, mientras que de un edificio gigantesco, como por ejemplo, el Palacio de Justicia de Bruselas en la antigua colina del patíbulo, nadie que estuviera en su sano juicio, podría afirmar que le gustase (2005: 22).

El planificador y el literato

La última alternativa que planteamos, entonces, es que el escritor se ubique en un extremo diametralmente opuesto al de los discursos del arquitecto porque, como bien dice Michel de Certeau (2000, II: 138), “El imaginario urbano está constituido para empezar por las cosas que lo deletrean. Se imponen. Están ahí, cerradas sobre sí mismas, fuerzas mudas. Tienen carácter. O mejor, son “caracteres” en el teatro humano. Personajes secretos [...] De tanto sustraerse a la ley del presente, estos objetos inanimados adquieren autonomía. Son actores, héroes de leyenda. Organizan en torno suyo la novela de la ciudad. La roda aguda de una casa ubicada en una esquina, un techo calado de ventanas como una catedral gótica, la elegancia de un pozo de luz en la sombra de un mísero patio: estos personajes llevan una vida propia [...] Dan testimonio de una historia”.

Es muy posible.

Leamos a Le Corbusier, la quinta esencia del arquitecto moderno:

¿Por dónde va la vida moderna? El siglo XIX nos dio la máquina. Al revolucionar el trabajo, la máquina siembra los gérmenes de grandes transformaciones sociales [...] Esta transformación nos parece un progreso, es uno de los factores importantes de la vida moderna [...] Por doquier se alzan construcciones de un espíritu nuevo, embriones de una arquitectura por venir [...] Los puentes, las fábricas, las presas y tantas obras gigantescas portan en sí los gérmenes viables del desarrollo [...] Los edificios de fábricas, con su gran ordenación expresiva, presentan sus masas serenas; el orden reina porque nada se ha dejado a la fantasía. Todo esto está en camino de realizarse tal como los griegos, tan comprensivos de ese espíritu, habían soñado sin poder nunca realizar, a falta de métodos y medios comparables a los de la industria moderna. Hoy tenemos constructores (Le Corbusier y Ozenfant, 1994: 20-23).

Y ahora leamos a Pirandello, un “escéptico por excelencia” (Hallström, 1934: 17-18):

¡Oh!, ¿por qué los hombres —me preguntaba, delirando— se afanan así para hacer cada vez más complicado el mecanismo de su vida? ¿Por qué todo este aturdimiento de máquinas? ¿Y qué hará el hombre cuando las máquinas lo hagan todo? ¿Se dará cuenta, entonces, de que el llamado progreso no tiene nada que ver con la felicidad? De todas las invenciones con que la ciencia cree honradamente enriquecer a la Humanidad (y la empobrece, porque cuestan muy caras),

¿qué goce, en el fondo, experimentamos nosotros, aún admirándonos? [...] ¡Y, sin embargo, la ciencia, pensaba, se hace la ilusión de que proporciona una existencia más fácil y cómoda! Pero, aun admitiendo que realmente la hace más fácil con todas sus máquinas tan difíciles y complicadas, pregunto yo: ¿Y qué peor servicio se puede rendir a quien está condenado a una lucha vana que hacérsela fácil y casi mecánica? (Pirandello, 1979: 99-100).

Se trata de dos bandos prácticamente irreconciliables.

El arquitecto es un creyente en la tecnología, la ciencia y la razón. Su trabajo, salvo contadas excepciones, es construir, como indica el *Diccionario de la Lengua Española* (RAE, 2012). Nada gana el arquitecto, entonces, anhelando la vuelta al origen, al buen salvaje, primero que todo porque no es posible. No podemos dar marcha atrás. Lo que hace el arquitecto es pensar en nuevas formas de ocupar el suelo y nuevas maneras de habitar, lo que necesariamente implica urbanizar: hacer *nuevos* edificios, planear *nuevas* ciudades, descubrir *nuevas* tipologías, inventar *nuevas* necesidades, mantener la máquina del progreso a todo vapor. Un ejemplo claro se vio recientemente sobre España en un reportaje titulado “Cuando éramos cultos” del programa Salvados, en el cual se muestra cómo las ciudades españolas —de la mano de sus políticos inspirados en lo sucedido con Bilbao por cuenta de la construcción del Museo Guggenheim diseñado por Frank Gehry— se embarcaron en proyectos cada vez más ambiciosos que por un lado borran las manifestaciones locales existentes y, por el otro, pretenden lanzar las comunidades a actividades culturales masivas con una nueva infraestructura colosal que, evidentemente, no hay cómo utilizar o cómo llenar ni de cultura ni de turistas. Las muestras fehacientes son la *Ciudad de la Cultura* de Galicia, de Peter Eisenman; la *Ciudad de las Artes y las Ciencias* en Valencia, de Santiago Calatrava; y el Centro de Creación de las Artes en Alcorcón, de Pedro Bustamante y Javier Camacho, que aunque no se llama “ciudad” es igualmente magnánimo y se plantea, de hecho, como una ciudad. Con circo y todo (Gordon, 2012).

El literato, en cambio, se resiste a pensar que en el progreso esté la clave de la felicidad; no se deja convencer tan fácilmente de las fantasías que intentamos vender los arquitectos y los mercaderes del espacio urbano. El escritor, ante todo, se contrapone a la figura del racionalista como un escéptico, pues “es universalmente admitido que hay una gran uniformidad en las acciones de los hombres de todas las naciones y todas las edades, y que la naturaleza humana permanece la misma en lo que respecta a sus principios y operaciones. Los mismos motivos han producido siempre las mismas acciones y los mismos acontecimientos se siguen de las mismas causas” (Hume, 1994: 107).

El novelista no necesariamente es un especialista en arquitectura o urbanismo, pero intuye que no hay diferencias sustanciales en nuestra manera de habitar el mundo. Por eso se distancia de la fiebre demoledora y constructora que incitan los profesionales responsables de la planeación y gestión de la ciudad, y prefiere soñar con los días en que todo era menos frenético. Lo suyo, como dice Crosthwaite (2004: 148-149), es escribir “sobre mi ciudad [...] sobre las calles y aceras de mi ciudad [...]

sobre la gente que circula sobre las aceras y calles de mi ciudad [...] sobre la prisa de la gente que circula sobre las aceras y calles de mi ciudad [...] sobre el dolor que poco a poco va matando a la gente que circula sobre las aceras y calles de mi ciudad [...] sobre los odios que dividen a la gente que circula sobre las aceras y calles de mi ciudad”.

El escritor es otro de nosotros; otro que se sorprende cuando desaparecen los edificios, cuando quitan los vendedores ambulantes o mudan de sitio un teatro; otro que observa con tristeza los cambios de la ciudad porque sabe que los procesos urbanos toman mucho tiempo para gestarse; otro que sabe que la experiencia urbana no solo se forja con las calidades espaciales del edificio donde vivimos lo que recordamos –o del espacio entre edificios, que es lo que define lo público–, sino que está alimentada también por lo que somos y por lo que pensamos, por lo que vemos, oímos, sentimos, gustamos y olemos. El literato anhela con nostalgia la ciudad, no ya como ente físico, sino como manifestación de lo humano en la urbe; se da cuenta de que el urbanismo, como logra convencernos Manuel Delgado (1999: 196), “no pretende ordenar lo urbano de la ciudad, sino anularlo, y si no es posible, cuando menos atenuarlo al máximo”.

Conclusiones

Tiene razón Sarah Lilleyman (2011) cuando dice que “Proust sirve para casi todo”. Es natural. En una obra de siete volúmenes y más de tres mil páginas llenas de alusiones y metáforas se encuentra una referencia a todo lo divino y lo humano. Pero si intentamos entender la ciudad con base en la literatura, debemos aceptar que Proust, reflejado en la obra de otros escritores, se erige como una crítica mordaz a la ciudad moderna (Griffith, 2012)... En unos casos como sentimiento de añoranza por aquellos días en que todo era como lo vivimos, en relatos cubiertos por cierto manto de tristeza, como si de un réquiem por la ciudad se tratara, donde la sensación de que la experiencia urbana nunca será lo que fue parece ser el común denominador. Y lo es porque, como dice Julien Gracq (2002: 28), “el nombre de Proust está unido a la resurrección de un fragmento abolido del pasado por intermedio de una recuperación del objeto”, lo que en el caso específico de la arquitectura y el urbanismo sugiere la invocación de la ciudad de antaño a través de recordar los detalles dilapidados más sutiles de su existencia... En otros como ensueño de una ciudad más sosegada, más serena, regida quizás por lo ordinario, sin los bombos y platillos de los acontecimientos de la ciudad moderna; un asunto que tal vez se intuye en el estilo de Proust, en las largas oraciones que llegan a

cubrir varias páginas, en la cadencia que impone. No en vano la lectura de *En busca del tiempo perdido*, como lo explica Roberto Bolaño, o mejor, Joaquín Font, uno de los detectives salvajes, es “una literatura para cuando estás calmado. Ésta es la mejor literatura, creo yo” (2009: 201-202)... Y en los demás, como firmes adalides empeñados en aguantar los embates de una modernidad que aspira a eliminar cualquier vestigio de historia, igual a Proust, cuando optó por el espíritu del Art Nouveau –con su inspiración en la naturaleza, la preferencia de la pintura como método para entender la realidad y la concepción del tiempo en términos de duración e interrelación fluida, por estar en perfecta sincronía con las necesidades metafóricas de su obra– sobre los ideales maquinistas y utilitaristas de las vanguardias artísticas y las promesas de progreso de científicos e ingenieros de los años siguientes a la Primera Guerra Mundial, cuando emprendió su magna tarea (Weherill, 1996: 228).

Tal vez debería ser suficiente con aquella frase célebre que dice que “no se puede entrar dos veces en el mismo río”... Debería bastar con esa máxima de Heráclito para entender que la ciudad, al igual que los ríos, cambia constantemente. Pero no. Si estudiamos con atención la literatura, percibiremos cierta pertinacia frente al cambio, cierta inclinación por evocar la ciudad que ya no fue... Acaso se deba a que, como enuncia el ya citado Michel de Certeau (2000: 287), “los lectores somos viajeros [y] cada uno de los lugares que pasamos son repetición del paraíso perdido”, y a lo mejor lo que buscamos en la lectura de Proust no es solo recobrar “el tiempo”, sino también “el espacio”: los estadios anteriores a la caótica metrópolis. Quizás, entonces, desde la perspectiva de la arquitectura y el urbanismo, estudiar la literatura moderna nos sirva para entender que la experiencia urbana puede ser como ir en busca del *pueblo* perdido: nuestro propio recipiente de la memoria.

Pero un nuevo contratiempo obstaculiza el camino: si bien la literatura puede ser la manera más expedita para darnos cuenta de lo que sienten los habitantes de la ciudad, ella no nos provee herramientas para cambiar la realidad. El escritor, el observador, el crítico de la experiencia urbana, no puede hacer nada en el sentido práctico. Lo único que nos propone es no volver, como nos hace Julio Ramón Ribeyro con Lima (2003: 402):

Vagamos en su auto por las calles de Miraflores, para comprobar cómo la ciudad al igual que nuestras vidas había sufrido las leyes del deterioro. Noche extraña, más bien decepcionante [...] En suma: experiencia fatal. No regresar, bajo pena del peor de los castigos, ni a la mujer que quisimos en nuestra juventud ni a la ciudad donde fuimos felices. 10

Bibliografía

- ALTER, Robert (2005). *Imagined Cities: Urban Experience and the Language of the Novel*. New Haven, CT: Yale University Press.
- BANHAM, Reyner (1978). *Megaestructuras: futuro urbano del pasado reciente*. Barcelona: Gustavo Gili.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (s.f.). "La venta de los gatos". En: *Rimas y leyendas*. Bogotá: Fondo Editorial Progreso, pp. 149-162.
- BOLAÑO, Roberto (2009). *Los detectives salvajes*. Barcelona, España: Editorial Anagrama. (Original publicado en 1998).
- CERTEAU, Michel de (2000). *La invención de lo cotidiano*. A. Pescador (trad.). Distrito Federal, México: Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (original publicado en 1984).
- COETZEE, J. M. (2000). *Disgrace*. New York: Penguin.
- CORMAN, Avery (1984). *Kramer vs Kramer*. A. Leal (trad.). Bogotá: La Oveja Negra (original publicado en 1977).
- CROSTHWAITE, Luis Humberto (2004). "Al final todos somos ciudades". En: *Ciudad y literatura. III Encuentro de nuevos narradores de América Latina y España* (Bogotá, nov. 4-6 de 2003). Bogotá: Convenio Andrés Bello. Asociación de Agregados Culturales en Colombia, pp. 147-158.
- DELGADO, Manuel (1999). *El animal público: hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- DE GRACIA, Francisco (1992). *Construir en lo construido: la arquitectura como modificación*. Madrid: Nerea.
- GORDON, Katerina (2012). *España: megaestructuras culturales sin cultura en su interior*. Consultado el 15 de marzo de 2012 en: http://www.plataforma-arquitectura.cl/2012/03/14/espana-mega-estructuras-culturales-sin-contenido/#.T2OoqlcDqjA_email
- GRACQ, Julien (2002). *Las aguas estrechas*. L. Casado (trad.). Madrid, España: Árdora Ediciones (original publicado en 1976).
- GRIFFITH, A. M. (Mayo 12, 2012). *Proust, a Critic and a Philosopher on Space*. Consultado el 9 de junio de 2013 en: <http://theantefix.com/2012/05/12/proust-a-critic-and-a-philosopher-on-space/>
- HALLSTRÖM, Peter (1934). *Award Ceremony Speech*. Consultado el 9 de junio de 2013 en: http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1934/press.html
- HUME, David (1994). *Investigación sobre el conocimiento humano*. J. Salas (trad.). Barcelona: Altaya (original publicado en 1748).
- INSEE, INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS ESTADÍSTICOS Y ECONÓMICOS, FRANCIA (2012). *Población de Combray, Balbec y Doncières, Francia*. Consultado el 15 de marzo de 2012 en: www.insee.fr
- JAYE, Michael C. (ed.) (1981). *Literature and the Urban Experience: Essays on the City and Literature*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- LILLEYMAN, Sarah (August 11, 2011). *The Ubiquitous Proust*. Consultado el 9 de junio de 2013 en: <http://www.time.com/time/arts/article/0,8599,1225881,00.html>
- LE CORBUSIER & OZENFANT, Amédée (1994). "Por dónde va la vida moderna". En: *Acerca del purismo. Escritos 1918-1926*. A. Hurtado (trad.). Madrid: El Croquis, pp. 20-28 (original publicado en 1918).
- LEHAN, Richard (1998). *The City in Literature: an Intellectual and Cultural History*. Berkeley, CA: University of California Press.
- NISBET, Robert (1980). *History of the Idea of Progress*. New York: Basic Books.
- PALAHNIUK, Chuck (2003). *Fugitives and Refugees*. New York: Crown Publishers.
- PÉRGOLIS, Juan Carlos y MORENO, Danilo (2013). "Espacio público: narrativas y deseos". En: *Nodo*, vol. 7, No. 14, pp. 21-34. Bogotá: Universidad Antonio Nariño.
- PIRANDELLO, Luigi (1979). *El difunto Matías Pascal*. J. M. Velloso (trad.). Barcelona: Planeta (original publicado en 1904).
- PRB, Population Reference Bureau (2012). *Human Population: Urbanization*. Consultado el 15 de marzo de 2012 en: <http://www.prb.org/Educators/TeachersGuides/HumanPopulation/Urbanization.aspx>
- QUIROZ, Fernando (2008). *Justos por pecadores*. Bogotá: Planeta.
- RAE, REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001). *Diccionario de la lengua española*. (22ª edición). Consultado el 15 de marzo de 2012 en: <http://www.rae.es/rae/>
- RIBEYRO, Julio Ramón (2003). *La tentación del fracaso*. Barcelona: Seix Barral.
- ROTH, Philip (1993). *Goodbye Columbus and five short stories*. New York: Vintage.
- RUSHDIE, Salman (1997). *Los hijos de la medianoche*. M. Sáenz (trad.). Barcelona, España: DeBolsillo (original publicado en 1981).
- SCHWARTZ, Larry (2005). "Roth, Race, and Newark". En: *Cultural Logic: An Electronic Journal of Marxist Theory and Practice*. Consultado el 15 de marzo de 2012 en: <http://clogic.eserver.org/2005/schwartz.html>
- SEBALD, W.G. (2005). *Austerlitz*. M. Sáenz (trad.). Barcelona, España: Editorial Anagrama (original publicado en 2001).
- VALLEJO, Fernando (2001). *El desbarrancadero*. Bogotá: Alfaguara.
- WETHERILL, P. M. (1996). "Flaubert, Zola, Proust and Paris: an evolving city in a shifting text", en *Forum for modern language studies*, XXXII (3): 228-239. Consultado el 15 de marzo de 2012 en: <http://fmls.oxfordjournals.org/content/XXXII/3/228.extract>

